

NICOLÁS MENZA

NICOLÁS MENZA

PINTURA SIMBÓLICA, ERÓTICA, METAFÍSICA



Pintura simbólica, erótica, metafísica

Nicolás Menza

Buenos Aires, la marca editora,
colección lavistagorda, 2018



www.lamarcaeditora.com
lme@lamarcaeditora.com
(54 11) 4552 3834
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina

© de la edición, la marca editora
© de las fotos y textos, Nicolás Menza

EDICIÓN: Guido Indij
DISEÑO: Luz Aramburú
CORRECCIÓN: Mónica Campos
PRÓLOGO: Jorge J. E. Gracia

FOTOGRAFÍA DE OBRA: Nicolás Menza / Sergio Chiossone / Carlos Karamanian
FOTOS DE N. M.: Susana Salerno
FOTOCROMÍA: Ricardo A. Farías

ISBN 978-950-889-311-6

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Menza, Nicolás Alberto.
Pintura simbólica, erótica, metafísica / Nicolás
Menza. - 1a ed .
- CABA: La Marca Editora, 2018.
224 p. ; 30x23 cm.
ISBN 978-950-889-311-6
1. Arte. 2. Pintura. 3. Arte Argentino. I. Título.
CDD 759.82

DISTRIBUYE:



www.asuntoimpreso.com
www@asuntoimpreso.com
(54 11) 4552 3834
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina

De la presente edición de 2.000 ejemplares, se han separado cincuenta ejemplares numerados, del 1 al 50, acompañados de tres obras en técnica mixta.

El autor desea agradecer especialmente a los coleccionistas que gentilmente cedieron las obras para ser reproducidas y a todos aquellos que colaboraron con la concreción de este proyecto.

www.nicolasmenza.com.ar
Casataller: Florencio Varela 1078, Ramos Mejía. Buenos Aires.
Espaciotaller: Lavalle 1282 4º piso, dpto. 2, CABA.

Impreso en los talleres gráficos Asia Pacific Offset,
en el mes de febrero de 2018

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

EL ARTE METAFÍSICO DE MENZA	13
LOS ESPACIOS METAFÍSICOS	19
LO ERÓTICO Y LO SIMBÓLICO	79
EL BANQUETE	113
VOCES DE LOS OTROS	163
ENTREVISTAS	187
BIOGRAFÍA	201
CRONOLOGÍA	218

*Hace un tiempo creía que pintaba para darle sentido a la vida, a mi vida;
no sé si será por los años que uno lleva caminando, la altura del camino, creo ahora descubrir
que dedico las horas de mi vida a la pintura, al arte, para darle un sentido a mi muerte.*

N. M.







Obra de tapa:

Venus acuática

Óleo sobre tela 180 x 150 cm. 2017

EL ARTE METAFÍSICO DE MENZA

En el magistral estudio de Fermín Fèvre sobre Nicolás Menza titulado *Nicolás Menza: Reivindicación de la pintura*, Fèvre desarrolla una fuerte defensa del arte figurativo. Es una apología por un tipo de arte que va en contra de las corrientes más fuertes de la pintura contemporánea: la abstracción, el pop y el arte óptico, entre otras. La obra figurativa, enigmática, de Menza le sirve para armar una apología inigualada hasta el momento, que no solo constituye una crítica acerba del arte contemporáneo, sino que también establece el lugar que ocupa la obra de Menza en ese contexto. Las creaciones de Menza en que se basa el estudio son óleos, acrílicos, pasteles y técnicas mixtas sobre telas, papel o madera. Las decenas de obras presentadas reivindican elocuentemente el tipo de pintura que defiende Fèvre y muestran más allá de toda duda el genio artístico del pintor argentino.

El presente libro, *Pintura simbólica, erótica, metafísica*, constituye una digna secuela de la obra de Fèvre, reafirmando la conclusión de su apología e ilustrando el camino artístico que Menza ha trillado desde entonces con su obra. El carácter de la obra que contiene nos ofrece la oportunidad de trascender el argumento original de Fèvre y explorar otros aspectos de su aporte artístico. En particular, creo oportuno reflexionar sobre su frecuentemente mencionado carácter metafísico.

A primera vista resultaría paradójico hablar de una pintura metafísica, ya que la metafísica parece estar muy lejos de la pintura figurativa. La metafísica es, aparte de la lógica que usa como instrumento indispensable, la parte más abstracta de la filosofía en tanto se ocupa de la categorización más general posible. Mientras que la pintura figurativa, al contrario, con su dimensión realista, nos presenta imágenes concretas y particulares del mundo a las que accedemos a través de los sentidos: lo que vemos y sentimos, lo que se nos da en la experiencia empírica. ¿Cómo es, entonces, que una pintura del tipo que practica Menza se pueda llamar metafísica, según se ha hecho tan comúnmente con su obra? ¿En qué sentido puede algo concreto, como las imágenes de su arte, relacionarse con la abstracción categórica? La metafísica nos dice, por ejemplo, que el mundo está compuesto de sustancias, mientras que la pintura de Menza nos presenta imágenes de mujeres y hombres de carne y hueso. La metafísica

supone preguntarse por la esencia del ser, mientras que Menza nos pinta seres físicos: un cuerpo, un árbol, una silla. La metafísica busca la realidad, pero Menza nos da solo lo que Platón llamaría apariencias, copias de copias. ¿En qué sentido, entonces, puede su obra llamarse metafísica? La pregunta expresa una perplejidad ineludible que parece insoluble. Pero la perplejidad, como nos dice Sócrates, es el principio de la sabiduría, lo que nos lleva a inquirir y buscar, y eventualmente a acercarnos a la verdad.

A pesar de una imposibilidad aparente, existe una solución de esta antinomia. Para encontrarla hay que sobrepasar una visión superficial de la disciplina y la obra de Menza. Hay que cavar más profundo, hasta llegar a la esencia. La esencia la determina el fin y el fin a su vez determina la forma de alcanzarlo. Tenemos que comenzar por identificar el fin de la metafísica y de la obra para ver si coinciden, a pesar de lo que parece ser una oposición inicial entre la disciplina y la pintura.

¿Qué busca la metafísica? Los practicantes de la disciplina están en desacuerdo sobre muchas cosas, pero coinciden en lo siguiente: su fin es el conocimiento de la realidad. La metafísica es una disciplina del conocimiento, una práctica que supone llevarnos a un saber profundo sobre nosotros y el mundo que nos rodea. Ese conocimiento no supone ser de apariencias, sino de realidades, de lo que es en lugar de lo que parece ser. Esta idea es una constante entre los metafísicos. Y ¿cómo es que la metafísica alcanza ese fin? ¿Cómo es que encuentra lo que busca? De nuevo, desde los tiempos de Sócrates y Platón, que son los primeros filósofos que se encargaron de la metafísica en el Occidente, el camino está en la perplejidad. Para alcanzar lo real y poder distinguirlo de lo que es mera apariencia, se necesita empezar por ahí. La perplejidad, nos dice perspicazmente Sócrates, es el principio de la sabiduría, es un paso sin el que no se puede llegar a la sabiduría.

Así vemos que en los famosos Diálogos platónicos, Sócrates, el protagonista, lleva a su interlocutor a un estado de perplejidad a través de preguntas que lo enfrentan con las contradicciones que pensaba reales. El discípulo cree que sabe, pero en realidad no sabe. Es solo a través de un proceso difícil y hasta cierto punto doloroso que Sócrates, funcionando como comadrón de ideas, lo lleva a darse cuenta de que no sabía nada, y que el mundo que pensaba simple y real es todo lo contrario. En la mayoría de los Diálogos, el discípulo no encuentra solución a la perplejidad que inició el diálogo, pero al final del proceso, aun cuando incompleto, arriba a un estado superior al que estaba: ahora sabe que lo que creía verdadero no es verdad y que hay un camino más largo adelante, que quizás lo acerque a su fin. Lo que pensaba real resultó ser apariencia, y lo que pensaba apariencia quizás sea realidad.

La metafísica tiene como fin la búsqueda de la realidad, y la forma en que se acerca a ella es a través de un proceso en el cual la realidad que parece estar a nuestro alcance se deconstruye a través de perplejidades que muestran cuán lejos lo está. En la obra de Menza encontramos algo muy similar. El fin de la obra es sin duda la apreciación de la realidad. Pero a tal fin, no se llega, como nos muestra la obra, pintando lo que nos parece real. El realismo que calca lo que vemos en lugar de hacernos ver lo que es nos hace

confundir lo irreal con lo real y creer en lo que no es. En efecto, ese era el argumento de Platón en contra de la pintura. Un arte que sigue el ejemplo de la metafísica y nos trate de descubrir la realidad desnuda, lo que es, aunque quizás no lo queramos ver, requiere comenzar complicándonos la vida, oscureciendo lo que vemos y cuestionando lo que nos parece obvio. ¿Por qué? Porque para llegar a la verdad, a la realidad, tenemos que darnos cuenta de que vivimos en un mundo de apariencias e ilusiones, un mundo irreal, despojándonos de los prejuicios que nos ciegan. El primer paso que hay que dar es la perplejidad y ese es precisamente el paso que el arte de Menza nos hace dar.

El mundo cotidiano está repleto de certezas. Cuando me despierto por la mañana, lo primero que veo son luces y sombras que caen en patrones esperados, simples, que ya conozco y que por lo tanto ignoro. Me siento confortable porque no veo nada inesperado. El sol entra por la ventana y brilla en el lugar indicado. Si la ventana está al este, por allí entra, mientras que por la tarde entra por la ventana opuesta, que está al oeste. En sus creaciones, la luz y su comportamiento se pueden enteramente predecir. El mundo es un sistema ordenado, en el que no encaja lo inesperado, produciendo en nosotros un letargo, una insensibilidad a lo que podría ser y que en realidad es.

Una de las dimensiones más importantes de la obra de Menza tiene que ver precisamente con la luz y la sombra. La luz y la sombra pierden sus aspectos predecibles. En un cuadro figurativo esperamos encontrar una reproducción de lo que estamos acostumbrados a ver en nuestro mundo diario, pero lo que se nos presenta en un Menza es algo muy diferente. Las sombras se contradicen. Por un lado parecen venir de donde esperábamos, mientras que otras sombras en la misma pintura las desdican. La luz pierde su previsibilidad. Este no es un universo cotidiano, es un mundo en que nuestras expectativas se derrotan y tenemos que relocalizarnos en un nuevo sistema de orientaciones y signos, que nos ayuden a ver y a movernos. Pero no es fácil, porque la obra juega con nosotros, llevándonos de la mano en diferentes direcciones, hacia diferentes metas, cuestionando la idea de una perspectiva única. No hay una visión total, la visión del dios que hasta entonces nos habíamos creído que éramos. Lo que existe son sombras en conflicto que nos hacen dar cuenta de la irrealidad de lo que creíamos ser y nos fuerzan a postular nuevos caminos y nuevas realidades a los cuales estábamos cerrados. Para ver la luz, hay que primero entrar en la caverna, como nos dice Platón. No en balde Menza se inspira con frecuencia en la obra de Jorge Luis Borges, pues este también nos desafía en los laberintos de lo que nos cuenta, dislocando nuestros fundamentos y cuestionando la aparente realidad.

La luz y las sombras nos llevan a los planos que pululan la obra de Menza. Habitaciones cerradas con puertas que sugieren salidas, pero que permanecen ambiguas. ¿Son salidas o entradas? ¿Se va por ellas a algún lugar o son subterfugios sin sustancia? Los planos descentralizan el espacio, mientras que los objetos pierden su estabilidad para convertirse en sugerencias subconscientes de una realidad que está por debajo de la apariencia. El plato principal de un banquete, una mesa rodeada de caricaturas masculinas ansiosas por atacarlo, es una mujer desnuda que nos da la espalda, quizás tratando de escapar a la gula del festín. La mesa se convierte en altar expiatorio y la escena en una crítica de la chocante realidad. Una sonrisa se torna en una mueca de tristeza.

Una técnica diferente con que Menza arriba al mismo fin tiene que ver con los símbolos. El símbolo juega un papel importante en la obra de artistas que quieren trascender lo que presentan. Es una manera de hacer que lo que se representa en las telas no es lo que parece ser, sino algo diferente. Las imágenes de objetos funcionan como metáforas, indicios de otras cosas en una idea favorita de San Agustín, para quien todo lo que vemos en nuestra experiencia es un símbolo de una realidad que lo trasciende. Figuras geométricas elementales –el cono, un cilindro, la esfera, el rectángulo– se ofrecen al observador, que trata de entender los elementos principales de lo que existe. En un giro neoplatónico, las apariencias se descomponen en líneas y ángulos fundamentales que socavan esa apariencia para llegar al meollo de las cosas. La desnudez del cuerpo femenino se identifica con la fragilidad y la vulnerabilidad de nuestros egos. Artefactos de culturas prehistóricas nos transportan a los orígenes de nuestra experiencia, donde los cuerpos humanos aparecen incompletos, por hacer, al principio de una evolución que creemos pasó hace mucho, pero que en efecto describe el estado actual de nuestros egos. Y todo esto explicado en colores primarios, vivos, y planos fuertes que descomponen la experiencia.

Menza usa varios artificios para llevar al observador al estado de perplejidad y duda. El fin de la obra es acercarse a una realidad más firme que no esté sujeta a la volatilidad de lo acostumbrado. Menza nos transporta a través de su pintura mágica a una realidad inferida, algo que no vemos, pero que es la conclusión de lo que vemos, algo más firme, porque lo que vemos es solo resultado de la ilusión. La paradoja visual creada es la contrapartida de la paradoja conceptual socrática. El maestro es Menza, en lugar de Sócrates, y el diálogo no es explícito o en palabras, como lo es en los Diálogos de Platón, sino un intercambio de imágenes mentales en el observador, imágenes fuertes, sin piedad ni magnetismos. Menza es la comadrona de ideas, como Sócrates, que despiadadamente nos fuerza a parir la realidad de una imagen más fehaciente que lo que parece ser. El proceso no tiene fin, como tampoco lo tienen los Diálogos de Platón. Solo llegamos a fases de un proceso infinito, como diría Borges, a interpretaciones provisionales e incompletas. Cada fase nos lleva a otras, también sin resolución. No hay respuesta, solo perplejidades en una comprensión cada vez más profunda y más compleja, aunque siempre incompleta. Esta es la metafísica de Menza, y uno de los factores que hace su arte imperecedero. No importa quién lo observe, o cuándo, las imágenes harán su labor mágica, y aun quizás milagrosa, cuestionando y profundizando los prejuicios múltiples que trae el observador. Este es un arte para el ser humano y para todas las épocas.

Jorge J. E. Gracia

Profesor Distinguido

Departamento de Filosofía y Departamento de Literatura Comparada

Universidad Estatal de Nueva York en Búfalo.



Mundo interior

Óleo sobre tela 120 x 100 cm. 2011